REPÚBLICA DE HONDURAS. AMÉRICA CENTRAL

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR:—F. TURCIOS.

Colaboradores activos: LUCILA GAMERO, J. A. DOMINGUEZ, ENRIQUE PINEL.

SERIE I.ª | TEGUCIGALPA: SÁBADO 25 DE AGOSTO DE 1894. | NUM 10.

MARIPOSAS. *

Cuando era muy niño, cuando sentía la cabeza llena de pensamientos risueños, bañada por la luz de un sol primaveral, soñaba con las misteriosas bellezas de un país encantado, en donde la felicidad se anidaba en todos los corazones y la risa franca chispeaba en todas las bocas. Allí habría almas que comprendieran la nuestra, cariñosa alegría para compartir nuestros placeres, sincero dolor para enjugar nuestras lágrimas....Aquel país tenía un jardín en donde crecían las flores más extrañas y bellas, y en cuyos blandos bancos rústicos se echaban los soñadores á dar forma y color á sus ideales. Una orquesta de pajarillos preludiaba los cantares del amor virgen, y por entre los rosales perfumados y los jazmineros en flor revoloteaban las libélulas y las mariposas de alas rojas, azules y blancas....

***

Después, en plena primavera tropical llegaron en tropel las decepciones que eran los preludios de los pesares sombríos. El chicuelo soñador había abierto los ojos cuando lo acarició el hálito venenoso de la realidad, y en la cabeza las ideas se enfriaron mientras se escondían en el fondo del alma los sentimientos tristes y sin calor entre las nieblas... El mundo ideal había desaparecido: quedaba en nuestro mundo, en el que la desgracia se anida en todos los corazones, en donde nadie puede comprendernos y hay risa sarcástica para nuestros dolores y lágrimas de hiel para nuestras fugaces alegrías....Por recompensa á los infortunados de la vida, éste tiene su oscuro jardín funeral donde podemos reposar eternamente soñando con nuestros ideales, mientras revolotean entre los cipreses las mariposas de alas negras....

F. TURCIOS.

23 de agosto de 1894.

* Este será el título que llevará mi primer libro de versos y cuentos que se publicará pronto....cuando Dios quiera....y el bolsillo lo permita.

A Laura.

Rompió la muerte el delicado broche
Que á la existencia terrenal te unía:
¡Así mueren los lirios de la noche
Al resplandor del día!

J. J. PALMA.

Fuiste muy feliz. Adorada de tus padres, muy querida de tus hermanos, contando con el aprecio y simpatías de todos cuantos tuvimos la dicha de tratarte, llegaste á los diez y nueve años sin que ninguna amargura enlutase el puro cielo de tus ilusiones.

Fuiste muy feliz. En tu corta vida saboreaste todas las apacibles dulzuras que, para una soltera, encierra el hogar; gozaste día por día, hora por hora, de la apasionada ternura de tu madre, del verdadero afecto de tu familia. Y cuando la pérdida de tu buen padre comenzó á amargar tu existencia, Dios, que conocía muy bien tu alma angelical, no quiso que sufrieras las infinitas é inevitables tristezas que trae consigo esa desgracia; no quiso que tú, tan buena, quedaras sin aquel cariño protector expuesta á las tormentas de la vida; y cuando empezabas á conocer los profundos dolores que encierra, te llevó á su lado.

Sí, pobre Laura, fuiste muy feliz. Y yo que tuve el gusto de conocerte, de llamarte amiga, envidio tu suerte; pero, ay! compadezco también y comprendo el inmenso pesar de tu madre. Ella ha sido tan desgraciada, como dichosa fuiste tú. Su corazón, acostumbrado á sufrir, vivía lleno de tristes presentimientos. Ausente casi siempre alguno de sus hijos, jamás tenía un momento de verdadero placer. Y al fin, como corona de esa vida infortunada, te fuiste tú, amiga mía, se fué tu padre ¡dos santos amores de su alma! y se fueron para no volver jamás....

***

Cuando pienso en tí, veo tu sombra querida. Tengo presente, como si fuera ayer, el día que pasaste en nuestra casita de campo, en la que aún vaga tu recuerdo. Veo tu dulce sonrisa, oigo tu voz cariñosa y simpática. Entonces alegre, sonriente, llena de vida, de juventud y de esperanza; ahora encerrada en el oscuro atahud, ajado tu vestido blanco y tu diáfano velo, marchitándose ya las rosas pálidas y los castos azahares que adornaron tus cabellos....

Adiós, amiga mía. Qué en medio de tu dicha inefable no olvides á los que quedamos aquí abajo; y qué èste afectuoso recuerdo que mi alma consagra á la tuya, te lleve la expresión de mi amistad eterna.

LEONOR.

Agosto de 1894.

AMOR ABNEGADO.

A HERCILIA COLLIER.

I.

Triste era su semblante, como ella, la joven pálida y blanca con ojos dulces, color de zafiro; y que por un gracioso contraste de la Naturaleza tenía los cabellos negros como el azabache y lustrosos como el terciopelo.

Aquella joven respondía al nombre de Evelina, y estaba medio tendida en un catre pobre, pero decente. Según todas las apariencias, la pieza que ella ocupaba era el mejor camarote de buque llamado "El Lince."

La angustia pintada en el rostro de la bella joven, sus hermosos ojos tristes de tanto llorar, y el espionaje mantenido para con ella, decían, de una manera concluyente, que la desgraciada Evelina estaba en calidad de prisionera en aquel buque pirata mandado por el capitán "Terrible."

Un joven muy moreno y de aspecto simpático abrió la puerta del camarote que ocupaba Evelina, y entró en él.

La joven, al verlo, levantóse de su lecho y fué á sentarse en una silla, mostrando en su lánguida faz, visible mal humor.

El joven, llamado por sus compañeros Raul, sentóse á pocos pasos de ella y la contemplaba con lástima. En el alma dormida de aquel pirata, la joven europea había hecho vibrar una cuerda: la del amor; y aquella vibración duraría eternamente.

—¿Me necesitáis?—preguntóle con timidez á la joven.

—No—contestó ella sin alzarlo á ver.

—Evelina, sois cruel conmigo, á pesar de trataros yo con el mayor afecto.

—Me tratas como se trata á una prisionera.

—Os trato como se trata á una persona á quien se ama tiernamente.

La joven se puso lívida:

—Nunca pensé yo que tú llegaras á injuriarme, Raul—dijo con altivez.

El semblante del pirata palideció de angustia:

—Evelina, tened compasión de mí, mirad que os amo con toda mi alma.

—Pero yo te desprecio,—exclamó Evelina, mientras sus ojos brillaban con celeste cólera—y tu amor me avergüenza.

Raul bajó la cabeza:

—Ah, si me amarais, si consintierais en ser mi esposa, yo os libraría de caer en manos del Terrible, y os salvaría de la deshonra que os amenaza.

Ante tantas súplicas amorosas la joven se exasperó y le dijo:

—¿Ignoras quién soy yo y quién eres tú?

Lívida palidez bañó la frente morena de aquel hombre humillado:

—No, Evelina, no lo ignoro; vos sois rica, hermosa y distinguida; y yo....yo, un infeliz....

—No has dicho bien: yo soy una mujer honrada, y tú un infame pirata.

—¡Si supierais mi historia!

—No quiero saberla. Sólo sé que yo andaba viajando con mis padres, y que vosotros, ¡malvados! ultrajaste's á mi familia para robarme á mí....Mejor hubiera sido morir entonces que caer en vuestras manos!

—Yo no tomé parte en eso, creédmelo. El Capitán os ama y mandó que se apoderaran de vos.

—¡Infame!....

—Sí; es un infame; y vos fuerais ya su víctima, á no ser que ahora no está en el buque.

Evelina se estremeció de horror:

—¿Y dónde está?

—En casa de su madre, viéndola, que está moribunda.

Yo creía que ese hombre no quería á nadie.

—Vos y su madre son los únicos afectos que yo le conozco.

—¿Y cuándo regresa?

—Dentro de ocho días.

—¡Qué haré yo entonces, Dios mío!—exclamó ella con angustia.

—Evelina, por vos soy capaz de todo lo bueno; pero amadme.

—¡Amarte! Imposible, Raul; amo á otro hombre, y si Dios lo permite, con él me casaré.

—¿Y si yo os liberto?

—Te viviré eternamente agradecida; pero cumpliré la promesa que tengo dada de casarme con el que amo.

Al oir ésto Raul sintió profundo dolor y sollozó como un niño:

—Habéis matado mi corazón, Evelina; pero á pesar de ese os amo y os amaré siempre; y ¡ay del que se atreva á tocaros!

—¿Me salvarás de caer en poder del "Terrible?"

—Si puedo, lo haré con todo mi corazón.

—Y si no puedes ¿harás que yo muera antes que él venga?

—Oh, no, que espero hacer algo mejor.

—Bien; mañana hablaremos de eso; ahora es tarde y necesito descansar.

—Entonces, dormid tranquila.

Y dándole una última mirada, salió del camarote.

II

—¿Con que tú no tienes ninguna liga con el pirata que te manda?

—Ninguna: me salvó la vida hace cuatro años y desde entonces me tiene á su lado tratándome mejor que á los otros compañeros, y nunca me da oficios bárbaros, porque dice que no sirvo para desempeñarlos debidamente.

—¿Y le tienes cariño?

—Le agradezco que me haya salvado la vida; pero mi alma no simpatiza con la suya.

—Luego ¿puedo contar contigo?

—Sabéis que soy todo vuestro; pero con una sola condición.

—¿Cuál?

Que me permitáis vivir siempre á vuestro lado, como un esclavo para serviros en todo; no pido más.

—No como un esclavo, sino como un hermano—contestóle Evelina enternecida.

—Entonces, no hay obstáculo; pero mis compañeros querrán mucho dinero.

—Lo tendrán.

—Como este buque es pirata, tendremos que desembarcar en costa solitaria, y de noche para no llamar la atención de nadie, porque si nos ven somos perdidos. Yo supongo que nuestros padres, cansados de buscaros inútilmente, estarán ya en vuestro país.

—Así creo yo; y tengo la esperanza de que

pronto estaré con ellos. Sin embargo, tengo miedo de tus compañeros.

—No tengáis cuidado; saben que yo los mando y me obedecerán ciegamente.

—Y el Capitán ¿podrá alcanzarme?

—No, porque le llevaremos siete días de ventaja, lo menos. Esta noche partiremos y estad tranquila que vuestro hermano velará por vos.

LUCILA GAMERO MONCADA.

(*Continuará.*)

ENCAJE.

Me agrada el plasticismo de la forma,
la corrección de líneas del trasunto,
la muelle morbidez de los contornos
y el relieve curvado de los músculos;
la frígida expresión de los perfiles
que animados parecen y están mudos;
el tesoro adormido de las gracias
y el nevado candor, casto y desnudo;
que en el bloque de mármol, trasformado
al golpe del cincel, diestro y fecundo,
ostenta la estatuaria en la radiosa
flamante carnación de un cuerpo ebúrneo:
¡cómo que tiene la materia tosca
un resplandor de lo divino oculto,
que sorprende la mano del artista
y lo presenta deslumbrante al mundo!
¡cómo que existe un fondo de hermosura,
de santidad y sensualismo puro,
que, como alma de todo lo terreno,
emerge alado, incitador efluvio!
¡la armonía que ondula y cabrillea,
acaricia al contacto y tiembla al pulso;
y con su hechizo lánguido que arroba,
tienta al deseo y predispone al culto!

J. A. DOMÍNGUEZ.

El tío Tomás.

I.

El señor y la señora Simonnot se quedaron estupefactos cuando alguien les trajo, una mañana, la noticia de que el tío Tomás acababa de morir, dejándoles su fortuna como herencia. Ambos habían conservado un recuerdo tan vago del tal tío, que tuvieron necesidad de hacer un verdadero esfuerzo para acordarse del pobre trapero con el cual les había ligado un parentesco lejano.

Pasada la primera impresión, marido y mujer se miraron moviendo la cabeza. El hombre hizo una mueca de desdén y dijo:

—Por insignificante que sea, siempre es preciso convenir en que esa herencia es una ganga. Figúrate, por ejemplo, que no sean sino cien francos; eso nos bastará para pintar de nuevo la relojería, para pagar la compostura de las lámparas de gas del almacén y para hacer otras reparaciones en que pensamos desde hace tiempo.

Poco á poco los recuerdos de la señora Simonnot fueron aclarándose. Acordóse del tío Tomás que vivía siempre cual un oso, lejos de su familia que lo miraba con el más profundo desprecio; calculó que había muerto á los ochenta años de edad.

—Sin duda el oficio de trapero—dijo al fin—no debe de ser muy productivo; mas, á pesar de todo ¿si hubiese trabajado durante toda su vida?.. si, como es probable, ¿no hubiese gastado casi nada?.. porque esa gente come con tres cuartos...

—En todo caso—dijo el marido—la idea de legarnos su *fortuna* no deja de tener gracia.

Pero la mujer seguía haciendo cálculos:

—Supongamos, por ejemplo, que no sean más que...

Y después de vacilar un momento, como si la cifra le pareciese enorme, terminó diciendo:

—¡Cuatro ó cinco mil francos!

El marido alzó desdeñosamente los hombros; pero cuando hubo reflexionado bien, comenzó á sonreir y dijo con una alegría brusca:

—¡Caramba, pues si en efecto hubiera sido tan económico como tu crees...

—¡Ah lo que es eso, sin duda!

—Pues entonces...con esos viejos maniáticos uno no sabe nunca á que atenerse...pero...

Sus palabras tenían tal acento de gravedad profunda y sus movimientos sugerían tan al-

tas esperanzas que la mujer interrumpió de nuevo, diciendo:

—A tí se te figura pues:

Pero él no se atrevió á responder categóricamente y sólo dijo:

—No, yo no me atrevo á asegurar nada.... pero ...en fin... ¿No leíste hace poco tiempo lo que decía el *Petit Journal?* Pues decía que un hombre como el tío Tomás, un viejo trapero, había encontrado doce cubiertos de plata en un montón de basura...

Ambos comenzaron á mirarse con ojos en cuyas pupilas brillaba ya el reflejo del oro.

—¡Oh!—dijo al fin la señora Simonnot—tú me espantas... ¡Mira que la herencia fuese de veinte mil francos!..

—¿Y, por qué no? Esos viejos avaros suelen ser muy ricos.

II.

Al día siguiente el relojero despertó muy temprano á su mujer para decirle:

—¿Sabes? Ahora me acuerdo de haber leído, hace un año, en un periódico cualquiera, que un trapero había muerto dejando bajo su colchón de paja veinte mil francos en oro, en oro purísimo.

El oficio del tío Tomás comenzaba ya á parecerles noble y respetable.

—Nadie sabe—continuó el señor Simonnot—lo que son los traperos. Ellos encuentran todo lo que quieren: joyas, portamonedas llenos de escudos, carteras llenas de billetes de banco y mil cosas más.

Sin embargo, no queriendo pasar por atolondrado ni por visionario, se contentó con decir en voz alta, seguro de no engañarse:

—En todo caso, por lo menos tendría unos quince mil francos sí, quince ó veinte sin duda ninguna....ya verás lo que te digo.

Contentos con la perspectiva de los tres mil duros, ninguno de los dos se aventuró á variar la cifra, contentándose con hacer proyectos y con acariciar ensueños. Por lo pronto, era necesario mejorar la tienda, dar más importancia á sus negocios. Durante algunos momentos no se trató entre ellos sino de la futura instalación. Los quince mil francos serían una mina inagotable.

Al mismo tiempo el elogio del tío Tomás brotaba de sus labios entre cálculos numéricos y entre palabras de esperanza. El olvido en que comenzaban á sepultar su propio pasado sepultaba al mismo tiempo el pasado del difunto.

—Lo que siento—decía la mujer—es no tener ni su retrato.

—El mejor de la familia—decía el marido.

Y durante algunos días no comieron un bocado de buen pan ni se llevaron á los labios una copa de buen vino, sin murmurar.

—¡Pobre tío!... ¡Si él estuviese aquí!...

—¡Qué contento se pondría, en efecto!

Figurábanse al buen viejo trabajando para ellos, economizando para ellos, viviendo virtuosamente entre privaciones y tristezas; y esa nueva visión los enternecía de una manera singular. El árbol del amor renació de pronto en el alma del marido.

A veces, mientras sus imaginaciones fabricaban castillos en el aire, sus manos se unían estrechamente formando entre ambos un lazo cariñoso.

A la hora de comer, por la tarde, los ojos de la señora llenábanse de lágrimas cuando su marido decía levantando su vaso:

—¡A la salud del tío!

Simonnot comenzaba, sin embargo, á hacer seriamente sus cálculos, convenciéndose de que los quince ó veinte mil francos no serían inagotables. Era, pues, necesario, ser muy juiciosos y no considerar la herencia sino como el principio de la fortuna.

La mujer hablaba ya de comprar una tienda en lós grandes *boulevards.*

El marido la dijo:

—Me parece que corres demasiado, hija.

Ella respondió:

—Pero y después de todo ¿por qué no han de ser sino veinte mil, los francos de la herencia?

Él se puso á recapacitar sin atreverse á decir nada, pero su deseo y su imaginación decían como su mujer: "¿Por qué no han de ser sino veinte mil?"

—¡Al fin y al cabo era un noble trapero!

Y sus gestos terribles evocaban la figura de un trapero que hubiese dominado á la humanidad.

III.

El día fijado por el notario para la apertura del testamento llegó al fin; y los señores Simonnot supieron que el tío Tomás les dejaba veinticinco mil francos.

Ambos volvieron algo pálidos, pero cuando llegaron á su casa el marido no pudo contenerse:

—Ya lo ves—dijo—veinticinco mil francos nada más....

La mujer se apelotonó en un sillón sin responder una palabra. Entonces el relojero plantóse frente á ella y continuó, moviendo ferozmente los brazos:

—¡Veinticinco mil francos, es decir cinco mil duros!....Un hombre que recogía portamonedas y joyas todos los días....un hombre que no tenía necesidad de gastar mucho.... porque, en efecto, no tenía necesidad de nada....¿Qué hacía con su dinero?....Estoy seguro de que en vez de guardarlo iba á dárselo á las mujeres y que en vez de trabajar se emborrachaba....Sí, tu tío era un perdido... ¿Quiéres que te diga? Pues bien, si estuviera vivo ahora mismo iría yo á meterle en el hocico sus veinticinco mil porquerías....

Luego se calmó y bajando algo la voz, siguió diciendo:

—Ya lo ves? Todos los miembros de tu familia han sido unos marranos. Tu eres una excepción, pero los demás fueron unos verdaderos granujas. Confiesa que la conducta del tío Tomás era horrible y á los ochenta años, ¡caramba! es necesario hacerse respetar ya que no por sí mismo al menos por sus parientes ¿no es verdad?

—Sí,—contestó la mujer—yo reconozco que no te falta razón; pero bien sabes que ese viejo oso me inspiró siempre una gran desconfianza.

—Lo cierto—concluyó diciendo el marido—es que no tenemos más remedio que aguantar. Hemos sido víctimas de un robo miserable y y nada más.

***

Los Simonnot, en efecto, recibieron con resignación el dinero contentándose con cambiar de casa, con establecer una relojería algo mejor en un barrio elegante, y con ganar diariamente el doble de lo que siempre habían ganado. Durante muchos meses ni siquiera pronunciaron el nombre del difunto tío, pero en el fondo siempre pensaron en él con rencor. Algunos años más tarde, Simonnot les contaba á sus amigos por la noche, á la hora del dominó, la leyenda de ese abonimable tío Tomás que los despojó á ellos del dinero que les correspondía para ir á emborracharse con una multitud de mujeres perdidas.

JEAN REIBRACH.

La balada del rebaño de Hugo.

CLAUDICANTE, viejo, solo,
viene del polo el invierno;
Eolo sopla en su cuerno
saludando al rey del polo;
al son del cuerno de Eolo
junta el gran mar su clamor;
sobre el oceánico hervor
da el tritón su canto extraño,
y con su crespo rebaño
pasa el terrible pastor.

En la granítica punta
de un escarpe el faro brilla;
la gaviota blanca chilla
á la nube cejijunta:
la luna, virgen difunta,
lanza un espectral fulgor,
con su gongo aterrador
el trueno golpea el risco,
y camino del aprisco
pasa el terrible pastor.

Arriba un negro cochero
que lleva un siniestro coche
ase y agita en la noche
el relámpago de acero.
Al sentir el golpe fiero,
la cuadriga del terror
renifla de dolor
sobre el mundo se despeña....
la onda su toisón desgreña,
pasa el terible pastor....

ENVÍO.

¡Burgrave Hugo! ¡Emperador!
De tu clarín visionario

se oye el inmenso clamor,
cuando en el mar solitario
pasa el terrible pastor!

RUBÉN DARIO.

Madrid, agosto 92.

De Stechetti.

—

Del sol poniente á las postreras luces,
Sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
Mi tumba buscarás entre las cruces
Del mudo y solitario camposanto.

Búscala entre la yerba enmarañada,
Donde á los brazos de la cruz musgosa,
Se enreda la campánula morada
Y trepa el tallo de la blanca rosa.

De mi pecho esas flores han brotado
Y morir en el tuyo han de pedirte:
Que son los versos que pensé á tu lado
Y las ternezas que olvidé decirte!

AGUSTÍN F. CUENCA.

La figuranta.

—

La escena pasa en el despacho de un empresario de teatros, que cultiva la especialidad de las comedias de magia montadas con todo el aparato que el argumento requiere.

Apenas hubo entrado en la mencionada pieza madame Bertillot—irreprochable modelo de buenas esposas, que lleva el sentimiento de sus deberes conyugales hasta el extremo de adorar locamente á su panzudo y ya madurito consorte—exclamó con voz suplicante:—Caballero: de usted depende mi felicidad.

—¿De mí?—preguntó el empresario.

—Sí señor, de usted. Mi marido tiene el defecto de hablar dormido. Pues bien: anoche—¡ah! ¿por qué tuve la maldita ocurrencia de ver la comedia de magia que ahora se representa en este teatro?—anoche, repito, durmió en medio de las agitaciones de un sueño criminal, pensando en esa Constanza Chaput que en el tercer cuadro desempeña el papel de Reina del Carnaval; y que, vestida de máscara no oculta, por decirlo así, más que su rostro.

Anoche, el malvado no cesaba de repetir el nombre de la maldita figuranta. Pero debo advertir á usted, caballero, que Bertillot es hombre de buenas costumbres, y que su austeridad ha sido, hasta hoy verdaderamente ejemplar....

—No lo dudo, señora: pero no veo....

—¿En qué puede usted servirme?

—Eso es....

—Pues bien, déjeme usted representar esta noche el papel de Constanza Chaput.

—¿Lo dice usted de veras?

—Sí, señor. Y la cosa no puede ser más sencilla, porque la Reina del Carnaval, que no tiene que pronunciar ni una sola palabra, se limita á permanecer en pie sobre una mesa, bebiendo champagne sin quitarse la careta en todo el cuadro.

—El caso es que no entiendo lo que usted se propone con eso.

—Oiga usted. Esta noche vendrá Bertillot solo al teatro, á contemplar de nuevo á Constanza. Cuando se acueste y sueñe con ella, yo le despertaré airada y le diré la verdad de todo, para escarmentarle cual se merece.

—No está mal pensado—dijo el empresario, lanzando una carcajada, y á fe mía....

—¿Consiente usted?

—No tengo inconveniente en ello, señora, ya que usted lo desea.

Tal fué el cúmulo de circunstancias que dió por resultado la presentación de madame Bertillot en escena, bebiendo champagne sobre una mesa, ante más de seiscientas personas congregadas en el teatro.

Cuando cayó el telón, vistióse á toda prisa, tomó un carruaje y llegó al domicilio conyugal mucho antes que su marido.

¡Qué lección iba á darle! ¡Qué triunfo tan grande el suyo! Llegó, por fin, Mr. Bertillot y antes de que su esposa le dirigiese la palabra, cayó de rodillas ante su mujer.

Qué te pasa? preguntó, asombrada, la buena señora.

—¡Soy culpable, hija mía! Pero estoy arrepentido é imploro tu perdón. He sido víctima de un mal pensamiento á causa de una fi-

guranta. Te juro, sin embargo, que estoy completamente curado.

—¿De veras?

—Sí. Yo mismo no me explico lo que me ha ocurrido. Fué una ilusión del momento. Anoche la volví á ver y ¡si supieras qué mal formada está ...!

CATULLE MENDEZ.

RECUERDO.

Qué bella estaba mi bien amada
con su blancura de rosa-té,
cuando con besos en la mirada
y el dulce acento que da el placer;
en una tarde de aromas llena
su tierno afecto me confesó,
miéntras su frente, casta azucena,
palidecía de inmenso amor.

*

¿Qué pasó entónces allá en la mente?
¿qué nueva vida llegué á sentir,
cuando al mirarla pura y sonriente
huyó la sombra del porvenir?
¡Con qué hermosura surgió gloriosa
tu blanca imagen, mi inspiración,
cuando del alma noche brumosa
con tu mirada le diste sol!

F. TURCIOS.

22 de Agosto: 1894.

NOTAS.

Corona fúnebre.—Hemos visto la que "La Juventud Salvadoreña" dedica á la poetisa Señorita Antonia Galindo en el primer aniversario de su muerte. Entre los importantes trabajos que contiene se distingue el del eminente literato don Francisco Gavidia. Esas ovaciones á los muertos ilustres serán siempre acojidas con placer por todos los que rendimos culto al sublime arte, del que la simpática salvadoreña fué adorada favorita.

De Aquiles Nerón.—

Oí alabar tus atractivos todos
Sin objetar á nada;
Pero oyendo elogiar tus sentimientos
Prorrumpí en estridente carcajada.

*

En loca risa, porque á risa mueve
Oir ¡cómo yo oía!
Ensalzar lo que nunca has poseído
Por dicha tuya y por desgracia mía!

Máximas.—

Para un hombre resuelto nada hay imposible.

*

Por mucho talento que tengas, sé modesto.

*

Usa tu erudición como tu reloj; si te preguntan qué hora es, sácale y responde, pero jamás lo saques por mostrar que lo tienes.

*

Procura corregir en tí mismo cuanto te disguste en los demás.

*

El amor de la virtud es el amor de nosotros mismos.

*

Si quieres conservar un amigo, hónrale cuando esté presente, elógiale ausente y ayúdale en sus necesidades.

*

Apégate estrictamente á la verdad; pero al decirla hazlo con buen modo. La verdad es el retrato; el modo es el cuadro que hace resaltar su mérito.

*

Haz lo justo, dí lo cierto, sé lo que aparece y aparece lo que eres.

Siempre.—

En el mar proceloso zozobran los bajeles
Cuando no son expertos los marineros fieles
Y bogan sin que guíe su rumbo el capitán:
Así en el mar del mundo, guiados por las pasiones,
Naufragan casi siempre los pobres corazones
Lanzando del que duda la risa funeral!

F. TURCIOS.

24 de Agosto: de 1894.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.